

III

Los desmayos de Andrea

Cuando Taverney volvió en sí y sondeó lo que él llamaba su desgracia, comprendió que había llegado el momento de tener una explicación seria con la causa primera de tantas alarmas.

En consecuencia, ardiendo de cólera é indignación, se dirigió hacia la morada de Andrea.

La joven estaba dando la última mano á su tocado, levantando sus torneados brazos para formar bucles detrás de la oreja con unas trenzas de pelo algo rebeldes.

Andrea oyó los pasos de su padre en la antesala, en el momento en que con su libro bajo el brazo iba á atravesar el umbral de su cuarto.

— ¡ Ah! buenos días, Andrea, dijo el señor de Taverney. ¿ Vas á salir?

— Sí, papá.

— ¿ Sola?

— Como veis.

— ¿ Conque estás sola?

— Desde la desaparición de Nicole, no he vuelto á tener doncella.

— Pero haces mal en estar sin doncella, Andrea, porque así no puedes vestirte. Una mujer vestida de ese modo no puede brillar en la corte, y ya sabes que yo te había recomendado otra cosa.

— Dispensadme, papá, si no me detengo, pues me está aguardando la señora Delfina.

— Te aseguro, Andrea, replicó Taverney acalorándose á medida que hablaba; yo os aseguro, señorita, que con esa sencillez vendréis á parar en ser ridiculizada aquí.

— Papá..

— El ridículo mata en todas partes, y en la corte mucho más.

— Bien, señor, ya trataré de remediarlo; pero, en este momento, la señora Delfina me agradecerá mucho el verme vestida con menos elegancia, á causa de la prisa con que acudo á su lado.

— Vete, pues, y te ruego que vuelvas en cuanto te desocupes; porque tengo que hablarte de un asunto muy serio.

— Bien está, papá, dijo Andrea, y trató de seguir su camino.

El barón la miraba con gran atención, y gritó:

— ¡ Aguardad! aguardad! No podéis salir en ese estado; habéis olvidado el colorete, señorita, y tenéis una palidez repugnante.

— ¿ Yo, papá? dijo Andrea parándose.

— Pero ¿ en qué estáis pensando cuando os miráis al espejo? Vuestras mejillas están descoloridas como la cera, y tenéis unas orejas de un palmo. Señorita, no se sale de ese modo, so pena de causar miedo á la gente.

— Papá, ahora no tengo tiempo para componerme de otro modo.

— ¡ Esto es odioso! exclamó Taverney encogiéndose de hombros. Sólo se encontrará en el mundo una mujer por el estilo, y esa mujer es hija mía. ¿ Qué suerte tan atroz! ¡ Andrea! Andrea!

Pero Andrea estaba ya al pie de la escalera, y volvió la cara.

— Á lo menos, exclamó Taverney, dí que estás enferma; hazte interesante, ¡vive Cristo! si no quieres parecer bella.

— ¡Oh! en cuanto á eso, papá, me será muy fácil; diré que estoy mala, y no mentiré, porque en este momento me siento mal en realidad.

— ¡Bien! refunfuñó el barón, ¡muy bien! no nos falta más que el que esté enferma!

Luego añadió entre dientes:

— ¡Mal hayan las mujeres gazmoñas!

Y dicho esto, entró en el cuarto de su hija, donde se ocupó minuciosamente en examinar todo lo que pudiera ayudar á sus conjeturas y á fundar una opinión.

En ese intermedio, Andrea atravesaba la explanada y costeaba los jardines, levantando de vez en cuando la cabeza para buscar en el aire aspiraciones más vigorosas, porque el perfume de las flores nuevas penetraba con demasiada violencia en su cerebro y conmovía todas sus fibras.

Atacada de ese modo, tambaleándose á los rayos del sol y buscando un apoyo en torno suyo, llegó la joven, luchando con un malestar desconocido, hasta las antecámaras de Trianón, donde madama de Noailles, de pie en el umbral del gabinete de la Delfina, dió á entender con una sola palabra á Andrea, que era ya hora y que la estaban esperando.

En efecto, el abate^{***}, lector titular de la princesa, estaba almorzando con su Alteza Real, que solía dispensar semejante favor á las personas á quienes trataba con intimidad.

El abate elogiaba los panecillos con manteca que las amas de gobierno alemanas saben amontonar con

tanta destreza al rededor de una taza de café con leche.

En lugar de leer, el abate hablaba y refería á la Delfina todas las noticias de Viena que había recogido entre los gaceteros y diplomáticos, porque en aquella época se hablaba de política en medio de la calle, y á fe mía que era una política tan buena como la que se debate en los antros más recónditos, no siendo raro que en el ministerio se supiesen noticias que los señores del Palais-Royal ó de los tresbolillos de Versalles habían adivinado, sino forjado.

El abate hablaba con especialidad de las voces que corrían acerca de un motín clandestino con motivo de la carestía de los granos, motín que, según decía, había cortado en su origen el señor de Sartines, enviando á la Bastilla á cinco de los monopolistas.

Andrea entró, y como también tenía la Delfina días de capricho y dolor de jaqueca, el abate la había interesado, fastidiándole que Andrea llegase con el libro después de aquella conversación.

En consecuencia dijo á su lectora que hiciese por no faltar otra vez á la hora señalada, añadiendo que había cosas que eran buenas por la oportunidad con que se hacían.

Abochornada Andrea con aquella reconvencción, y resentida sobre todo de la injusticia, nada contestó, á pesar de que hubiera podido decir que la había detenido su padre y había tenido que ir despacio por estar mala.

No; turbada y afligida, inclinó la cabeza, y como si fuera á morir cerró los ojos y perdió el equilibrio.

Á no ser por madama de Noailles hubiera caído al suelo.

— ¡Qué poca firmeza de ánimo tenéis, señorita! murmuró madama Etiqueta.

Andrea no contestó

— ¡ Duquesa, se pone mala ! exclamó la Delfina levantándose para acudir á socorrer á Andrea.

— No, no, replicó Andrea con viveza é inundados los ojos de lágrimas ; estoy bien, ó por mejor decir, me siento mejor.

— Mirad, duquesa, está tan blanca como su pañuelo. Yo tengo la culpa por haberla reñido. ¡ Pobre niña ! vamos, sentaos.

— Señora.....

— ¡ Cuando yo lo mando !... Abate, dadle vuestra silla de tijera !

Andrea se sentó, y bajo la dulce influencia de aquella bondad, poco á poco se fué serenando su imaginación, y sus mejillas recobraron el color.

— Y bien, señorita, ¿ podéis leer ahora ? preguntó la Delfina.

— ¡ Oh ! sí, de seguro ; ó á lo menos así lo espero.

Y Andrea abrió el libro por el sitio en que había suspendido su lectura la víspera, y con voz que trató fuese reposada para hacerla más inteligible y grata, dió principio.

Pero apenas habían recorrido sus ojos el contenido de dos ó tres páginas, empezaron á revolotear aquellos átomos negros que tenía á la vista, arremolináronse y no pudo descifrarlos.

Andrea volvió á ponerse pálida ; un sudor frío se desprendió de su pecho y subió á la frente, y el negro círculo que Taverney había advertido con tanta amargura en los párpados de su hija, se ensanchó, pero de tal modo que la Delfina, á quien la vacilación de Andrea había hecho alzar la cabeza, exclamó :

— ¡ Otra vez !... duquesa, ¡ esta niña está mala ! ¡ mirad cómo pierde el conocimiento !

Y, lo que es aquella vez, la misma Delfina recurrió á un frasquito de sales que hizo respirar á su lectora.

Reanimada Addrea con esto, trató de recoger el libro, pero inútilmente, pues sus manos conservaban un temblor nervioso que nada pudo calmar durante unos cuantos minutos.

— No hay duda, duquesa, dijo la Delfina : Andrea está mala, y no quiero que se ponga peor quedándose aquí.

— En ese caso, dijo la duquesa, será preciso que la señorita se vuelva á su aposento cuanto antes.

— ¡ Y por qué, señora ? preguntó la Delfina.

— ¡ Por qué ? replicó la camarera mayor haciendo una profunda reverencia, porque así empiezan las viruelas.

— ¡ Las viruelas ?

— Sí ; por desmayos, síncope y calofríos.

El abate se creyó esencialmente comprometido en el riesgo que señalaba madama de Noailles, porque levantó el campo, y gracias á la libertad que le daba aquella indisposición de una mujer, se escabulló de puntillas y con tanta destreza que nadie notó su desaparición.

Cuando Andrea se vió, por decirlo así, en brazos de la Delfina, le devolvió las fuerzas, ó más bien el valor, la vergüenza que le causaba el haber incomodado hasta tal punto á una princesa tan grande, y se acercó á la ventana para respirar.

— Así no se toma el aire, querida mía, dijo la Delfina ; regresad á vuestra habitación, que yo haré os acompañen.

— ¡ Oh ! os aseguro, señora, dijo Andrea, que ya estoy repuesta, y podré irme sola, ya que V. A. tiene la bondad de permitirme que me retire.

— Sí, sí, y no tengáis cuidado, replicó la Delfina, que no os volverán á reñir, puesto que sois tan sensible.

Andrea, enternecida por esta bondad tan parecida al afecto de una hermana, besó la mano de su protectora y salió del aposento, mientras que la Delfina la seguía inquieta con la vista.

Cuando estaba al pie de la escalera, le gritó la Delfina desde la ventana :

— No entréis en seguida en vuestro cuarto, señorita ; dad antes un pequeño paseo por los jardines, que el sol os hará provecho.

— ¡ Oh ! Dios mío ! señora, ¡ cuán bondadosa sois ! murmuró Andrea.

— Además, hacedme el favor de enviarme el abate, que está allá abajo estudiando botánica en un cuadro de tulipanes de Holanda.

Andrea, para ir donde estaba el abate, tuvo que dar un rodeo y atravesar el jardín.

Caminaba con la cabeza baja, pues la tenía aun pesada á causa de los extraños desvanecimientos que la molestaban desde la mañana ; y no le llamaban la menor atención los pájaros que se perseguían espantados sobre los setos y los floridos ojaranzos, ni las abejas que zumbaban sobre el tomillo y las lilas.

Ni siquiera notó que á veinte pasos de ella estaban hablando dos hombres, uno de los cuales la seguía con ojos turbados é inquietos.

Aquellos dos hombres eran Gilberto y el señor de Jussieu.

El primero, apoyado en su azada, escuchaba al sabio profesor que le estaba explicando el modo de regar las plantas delicadas, de manera que pasase el agua por la tierra sin hacer remanso en ella.

Gilberto parecía escuchar con avidez la demostración, y el señor de Jussieu hallaba natural semejante ardor por la ciencia, porque su demostración era de esas que excitan aplausos en los bancos de los estu-

diantes en un curso público ; y para un pobre aprendiz de jardinero era una fortuna inapreciable la lección de un maestro tan afamado dada en presencia de la misma naturaleza.

— Estás viendo aquí, hijo mío, le decía el señor de Jussieu, cuatro clases de tierra, y si quisiera, aun descubriría otras diez mezcladas con estas cuatro principales ; pero la distinción sería algo sutil para un aprendiz de jardinero. Siempre resulta que el florista debe probar la tierra, como el jardinero las frutas. Me entiendes bien, ¿ no es verdad, Gilberto ?

— Sí, señor, respondió Gilberto con los ojos fijos y la boca entreabierta, porque había visto á Andrea, y colocado del modo que estaba, podía seguir mirándola sin dejar al profesor sospechar que su demostración no era religiosamente escuchada y comprendida.

— Para probar la tierra, prosiguió el señor de Jussieu, creyendo por la expresión de la cara de Gilberto que éste prestaba grande atención, mete un puñado de ella en una coladera, echa encima suavemente algunas gotas de agua, y prueba esa agua cuando salga filtrada por la tierra. Los sabores salinos, acres, insípidos ó perfumados de ciertas esencias naturales, se apropiarán admirablemente á los jugos de las plantas que quieras hacer que crezcan en ese terreno, porque, como dice tu antiguo amo el señor Rousseau, en la naturaleza todo es analogía, asimilación, tendencia á la homogeneidad.

— ¡ Oh ! Dios mío ! exclamó Gilberto extendiendo los brazos hacia delante.

— ¿ Qué es eso ?

— ¡ Que se desmaya, señor ! se desmaya !

— ¿ Quién se desmaya ? ¿ Estás loco ?

— ¡ Ella ! ¡ ella !

— ¿ Ella ?

— Sí, una dama, se apresuró á decir Gilberto.

Y su espanto y palidez le hubieran vendido, tanto como la palabra *ella*, si el señor de Jussieu no hubiese apartado de él la vista para seguir la dirección de su mano.

Siguiendo aquella dirección el señor de Jussieu, vió efectivamente á Andrea que había ido arrastrando hasta unos ojaranzos, y que al llegar allí había caído sobre un banco, permaneciendo inmóvil y expuesta á perder el último aliento que le quedaba.

Aquella era la hora en que el rey acostumbraba ir á visitar á la Delfina, y así desembocaba por el verjel, pasando del gran Trianón al pequeño.

S. M. desembocó de pronto.

Llevaba en la mano un albérechigo de color de escarlata, lo cual era un milagro de precocidad, y se preguntaba á sí mismo, como verdadero rey egoísta, si no sería mucho mejor, para dicha de la Francia, saborease el aquel albérechigo que no la Delfina.

La solicitud con que el señor de Jussieu corrió hacia Andrea, á quien apenas distinguía el rey, merced á su cortedad de vista, y á quien no conoció absolutamente, así como los gritos sofocados de Gilberto, gritos que indicaban un profundo terror, hicieron que S. M. acelerase el paso.

— ¿Qué hay? ¿qué hay? preguntó Luis XV acercándose á los ojaranzos, de los cuales le separaba solamente la anchura de una calle de árboles.

— ¡El rey! exclamó el señor de Jussieu sosteniendo en sus brazos á la joven.

— ¡El rey! murmuró Andrea desmayándose del todo.

— ¿Quién es? preguntó Luis XV: ¡ah! es una mujer; pero ¿qué le sucede?

— Señor, le ha dado un desmayo.

— ¡Ah! veamos, dijo Luis XV.

— Ha perdido el conocimiento, señor, añadió el señor de Jussieu señalando á la joven, quien estaba tendida tiesa é inmóvil en el banco en que acababa de colocarla.

El rey se aproximó, conoció á Andrea, y dijo estremeciéndose:

— ¿Otra vez?... ¡Oh! esto es espantoso; el que tiene semejantes enfermedades no sale de casa, porque no es decoroso morir así todos los días delante de la gente.

Y Luis XV volvió á desandar parte de su camino para dirigirse al pabellón del pequeño Trianón, echando pestes contra la pobre Andrea.

El señor de Jussieu, que ignoraba los antecedentes, se quedó estupefacto por un instante; pero se volvió en seguida, y viendo á Gilberto á diez pasos en la actitud del temor y la ansiedad:

— Ven, Gilberto, gritó; tú que eres fuerte llevarás á la señorita de Taverney á su cuarto.

— ¡Yo! exclamó Gilberto estremeciéndose: ¡llevarla ni tocarla yo! No, no, pues nunca me lo perdonaría; no, jamás.

Y echó á correr desatinado y pidiendo socorro.

IV

El doctor Luis

Á algunos pasos de distancia del sitio en que se había desmayado Andrea, estaban trabajando dos mozos de jardín, que acudieron á los gritos de Gilberto, y poniéndose á las órdenes del señor de Jussieu, transportaron á Andrea á su cuarto, mientras Gilberto seguía desde lejos y con la cabeza baja aquel cuerpo inerte, y lo seguía con el abatimiento del asesino que marcha detrás de su víctima.

Cuando el señor de Jussieu llegó á la gradería exterior del departamento de la servidumbre, desembarazó á los jardineros de su carga, pues Andrea acababa de abrir los ojos.

El ruido de las voces y ese afán significativo que se nota siempre cuando ocurre alguna desgracia, atrajeron al señor de Taverney fuera del cuarto, y vió á su hija, vacilante aun, tratar de enderezarse para subir la escalera apoyándose en el señor de Jussieu.

Acudió pues, preguntando como el rey :

— ¿ Qué hay ? ¿ qué hay ?

— Nada, papá, respondió con débil voz Andrea ; no es más que una ligera indisposición, un dolor de jaqueca.

— ¿ Esta señorita es vuestra hija, caballero ? preguntó el señor de Jussieu saludando al barón.

— Sí, señor.

— Entonces no puedo dejarla en mejores manos ; pero os aconsejo que llaméis corriendo un médico.

— ¡ Oh ! esto no es nada, dijo Andrea.

Y Taverney repitió ;

— Ciertamente, no es nada.

— Mucho me alegraré, dijo el señor de Jussieu ; pero esta señorita estaba muy pálida.

Y con esto, después de haber dado el brazo á Andrea hasta lo alto de la gradería exterior, el señor de Jussieu se despidió.

El padre y la hija se quedaron solos.

Taverney, que durante la ausencia de Andrea había aprovechado bien el tiempo en hacer reflexiones, cogió de la mano á su hija, que permanecía en pie, la llevó á un sofá, hizo que se sentase, y se sentó él á su lado.

— Dispensad, papá, y tened la bondad de abrir la ventana, porque no puedo respirar.

— Es que quería hablar algo seriamente contigo, y en esta jaula que te han dado por habitación, de todas partes se oye hasta la respiración ; pero no importa, yo hablaré bajito.

Y abrió la ventana.

En seguida volvió á sentarse al lado de su hija meneando la cabeza.

— Preciso es confesar, dijo, que el rey, que tanto interés nos manifestó en un principio, da muy pocas pruebas de galantería cuando consiente que vivas en este zaquizamí.

— Papá, respondió Andrea, en Trianón no hay donde albergarse, pues ya sabéis que es el gran defecto que tiene este sitio real.

— Que para otros no hubiera aposentos, dijo Taverney con una sonrisa insinuante, lo concibo ; pero para ti, no lo concibo.

— Tenéis de mí una opinión demasiado buena,

papá, replicó Andrea sonriéndose; pero por desgracia no todo el mundo piensa así.

— Al contrario, cuantos te conocen opinan lo mismo que yo.

Andrea se inclinó como hubiera hecho con un extraño para darle las gracias, porque aquellos cumplidos de parte de su padre empezaban á causarle alguna inquietud.

— Supongo, continuó diciendo Taverney con tono almibarado, que el rey te conoce.

Y mientras hablaba asestó á la joven una mirada cuyo escudriñamiento era insufrible.

— ¿El rey? dijo la joven con el tono más natural del mundo; apenas me conoce, y según presumo, soy muy poca cosa para él.

El barón dió un brinco al oír estas palabras.

— ¡Poca cosa! exclamó; de veras te digo que no te entiendo: conque poca cosa ¿eh? ¡Vaya un valor que das á tu persona!

Andrea miró á su padre con asombro.

— Sí, sí, continuó el barón; lo digo y lo repito, es tanta tu modestia, que raya en olvido de tu dignidad personal.

— Señor, todo lo exageráis: es verdad que el rey se ha interesado por las desgracias de vuestra familia, y que se ha dignado hacer algo por nosotros; pero hay tantos infortunios en derredor del trono de S. M., derrama tantas larguezas su regia mano, que necesariamente debía recaer sobre nosotros el olvido después de hecho el beneficio.

Taverney miró fijamente á su hija, y no sin cierta admiración al ver su reserva é impenetrable discreción.

— Vamos, le dijo aproximándose á ella, querida Andrea, tu padre va á ser el primer pretendiente que se dirige á ti, y creo que no le desairarás.

Andrea miró entonces á su padre como pidiéndole una explicación.

— Vamos, continuó Taverney, todos te lo rogamos, aboga por nosotros, haz algo por tu familia.....

— ¿Pero á qué viene esto? ¿Qué es lo que queréis que haga? exclamó Andrea estupefacta al ver el tono con que se habían pronunciado aquellas palabras y el sentido que encerraban.

— Dime, ¿estás dispuesta á pedir algo para mí y tu hermano, sí ó no?

— Señor, respondió Andrea, haré cuanto me mandéis; pero, ¿no teméis que se nos tenga por demasiado codiciosos? Ya me ha regalado el rey un aderezo que, según vos, vale más de cien mil libras tornesas; además, S. M. ha prometido á mi hermano un regimiento, de suerte que absorbemos nosotros una parte considerable de los beneficios que dispensa la corte.

Taverney no pudo reprimir una risotada estridente y desdeñosa.

— ¿Es decir que está bien pagado?

— Ya sé, respondió Andrea, que vuestros servicios valen mucho, señor.

— ¿Y quién diablos te habla de mis servicios? exclamó Taverney perdiendo la paciencia.

— Pues entonces ¿de qué me habláis?

— ¡En verdad que es absurdo el papel de disimulada que estás haciendo conmigo!

— Pues, ¿qué tengo yo que disimular, Dios mío? preguntó Andrea.

— Mira que lo sé todo.

— ¿Y qué es lo que sabéis?

— Todo, te vuelvo á decir.

— ¿Todo?

— ¿Y qué es, señor?

Y, como por instinto, el rostro de Andrea se cubrió

de un vivo encarnado, producido por aquel ataque grosero dado á una conciencia tan púdica.

El respeto del padre hacia su hija detuvo á Taverney en la pendiente de sus interrogaciones, que tan resbaladiza se iba haciendo.

— Corriente, dijo, hazte cuanto te agrade la reservada y la misteriosa, como al parecer te haces; deja á tu padre y á tu hermano suspirar en la oscuridad del olvido; sea así, pero ten presentes mis palabras: cuando desde el principio no se adquiere imperio, se expone una á no tenerlo jamás.

Y Taverney hizo una pirueta sobre los talones.

— No os comprendo, señor, respondió Andrea.

— Está muy bien; si tú no me comprendes, me comprendo yo, dijo Taverney.

— Pero eso no basta cuando son dos los que hablan.

— Pues bien, hablaré con más claridad; emplea toda la diplomacia de que estás dotada naturalmente, y que es una virtud de la familia, en labrar la fortuna de tu familia y la tuya mientras se presenta la ocasión, y la primera vez que veas al rey, dile que tu hermano está esperando el diploma, y que tú te estás marchitando en un cuarto sin ventilación ni vistas; en una palabra, no seas tan ridícula que vayas á tener demasiado amor propio ó demasiado desinterés.

— Pero, señor.

— Dile eso al rey, y díselo esta misma noche.

— Pero ¿dónde queréis que yo vea al rey?

— Y añade que no es muy decente para S. M. el venir...

En el momento en que Taverney iba sin duda á sublevar con palabras más explícitas la tempestad que se formaba sordamente en el pecho de Andrea, y provocar una explicación que hubiese aclarado el misterio, se oyeron pasos en la escalera.

El barón calló al punto y corrió al pasamano para ver quien venía al cuarto de su hija.

Andrea vió con asombro á su padre arrimarse de espaldas á la pared.

Casi en el mismo momento entró en el pequeño aposento la Delfina acompañada de un hombre vestido de negro y apoyado en un largo bastón.

— ¡V. A. ! exclamó Andrea reuniendo todas sus fuerzas para salir á recibir á la Delfina.

— Sí, enfermita, respondió la princesa, os traigo el consuelo y el médico. Venid, doctor, ¡ Ah ! señor de Taverney, continuó la princesa reconociendo al barón, vuestra hija está indispuesta, y no la cuidáis mucho.

— Señora, balbuceó Taverney.

— Venid, doctor, dijo la Delfina con aquella bondad encantadora que le era peculiar, venid, tomadle el pulso, examinad sus abatidos ojos, y decidme la enfermedad de mi protegida.

— ¡ Oh ! señora, señora, ¡ cuántas bondades ! murmuró la joven. ¡ Cómo me atrevo á recibir á V. A. R... !

— En este chiribitil, querrás decir, querida mía. Tanto peor para mí, ya que os he dado tan mal aposento; pero ya lo remediaré. Vamos, hija mía, dad vuestra mano al doctor Luis, que es mi cirujano, y tened cuidado, porque es un filósofo que adivina y al mismo tiempo un sabio que ve.

Andrea alargó sonriendo la mano al doctor.

Este, joven aun, y cuya fisonomía inteligente revelaba todo lo que de él acababa de decir la Delfina, no había cesado, desde su entrada, de contemplar primero á la enferma, luego la localidad, y después la extraña cara del padre en que sólo estaba pintada la mortificación, y no la inquietud.

El sabio iba á ver, el filósofo quizá había adivinado ya.

El doctor Luis examinó largo rato el pulso de la joven, y preguntó á ésta ¿ qué era lo que sentía ?

— Una grande inapetencia, respondió Andrea; estremecimientos repentinos, vapores que se me suben al punto á la cabeza, espasmos, palpitaciones y desmayos.

El doctor se iba poniendo más serio á medida que hablaba Andrea.

Al fin soltó la mano de la joven y separó la vista.

— Y bien, doctor, dijo la princesa al médico, ¿ *quid?* como dicen los que consultan. ¿ Corre peligro la enferma? ¿ la desahuciáis ?

El doctor volvió á fijar la vista en Andrea, y la examinó otra vez en silencio.

— Señora, la enfermedad de esta señorita es de las más naturales.

— ¿ Y es peligrosa ?

— Ordinariamente no, respondió el doctor sonriendo

— ¡ Ah ! me alegro, dijo la princesa respirando con más libertad; no la atormentéis demasiado.

— ¡ Oh ! no la atormentaré nada absolutamente, señora.

— ¡ Cómo ! ¿ no le recetáis nada ?

— No hay nada que recetar para la enfermedad que padece la señorita.

— ¿ De veras ?

— De veras, señora.

— ¿ Nada ?

— Nada.

Y queriendo evitar una explicación más larga, el doctor se despidió de la princesa so pretexto de que tenía que visitar á otros enfermos.

— Doctor, doctor, dijo la Delfina, si lo que me decís no es solamente con el fin de tranquilizarme, entonces estoy yo mucho más enferma que la señorita

de Taverney. Así, cuando vengáis á visitarme esta noche, no dejéis de traerme los anises que me habéis prometido para hacerme dormir.

— Señora, así que vaya á casa, yo mismo los prepararé.

Y se marchó.

La Delfina se quedó al lado de su lectora.

— Tranquilizaos, querida Andrea, dijo con benévola sonrisa; vuestra enfermedad no debe ser alarmante cuando el doctor se va sin recetaros nada.

— Tanto mejor, señora, replicó Andrea; con eso nada interrumpirá mi servicio al lado de V. A. R., que es lo que más temía; sin embargo, diga lo que quiera el médico, sufro mucho, señora, os lo juro.

— No debe ser muy grande ese mal cuando el médico se ríe de él. Acostaos pues, hija mía; voy á enviaros una persona que os asista, puesto que noto que estáis sola. Señor de Taverney, tened la bondad de acompañarme.

Y diciendo esto, dió la mano á Andrea y salió después de haberla consolado, como prometió el entrar.